



ALGUNOS MESES.

I

EL mes de Agosto! mes de tempestades y de calores, en que los árboles se desgajan en la montaña, las florecillas se marchitan y secan en los jardines, los campos del labrador maduran, y en que todo parece entrar en un período de tristeza, esa tristeza que trae consigo el Otoño que se acerca; mes en que terminan los esplendores del verano, y en que la naturaleza comienza á cubrirse de una melancolía apacible y poética. Porque todo lo que tienen los meses anteriores de alegres y de pródigos en placeres para el hombre, tiene Agosto de tranquilo, de silencioso, de triste.

Es la época en que la naturaleza sufre transformaciones, y se preparan acontecimientos fecundos. Ya no brotan hierbas en los campos; ya no hay crías en los nidos de las enramadas. Los frutos de las sementeras siguen sazonzando con los ardores de la Canícula; y las aves vuelan por el espacio, vestidas de resistentes y variadas plumas. La uva comienza á cuajarse en

los pámpanos; el sustancioso trigo ostenta ufano sus espigas de oro; y la fresa, el naranjo, el limonero brindan al hombre con sus regalados frutos. El labrador descansa, aprestándose á las cosechas del Otoño: tiene un respiro entre las fatigas de la siembra y las faenas próximas de la siega. Y en ese período de reposo ¡á cuántas alegrías se entrega! ¡cómo goza con los sencillos placeres y las tradicionales fiestas de su pueblo! El repique de las campanas le llama á algunas ceremonias religiosas, y él acude gozoso, con la tranquilidad en el corazón y el júbilo en el alma. ¡Todo le divierte y cautiva, porque su ánimo está dispuesto á recibir complacido esas gratas impresiones!

En Agosto caen sobre la tierra las lluvias torrenciales, que son el espanto y la amenaza constante de los pobres campesinos; en Agosto se desatan sobre las cumbres de los montes las tempestades terribles que parecen venir á destruir toda la naturaleza. Los rayos, los truenos, el relámpago con su amarillenta luz, las rocas que ruedan á los abismos, los árboles que se incendian y despedazan, dan á estos cuadros y á estas escenas un aspecto grandioso, que al mismo tiempo que causan admiración y miedo, dejan una impresión profunda y duradera en el alma....

En la ciudad, donde todo pasa de otra manera, las tempestades y las lluvias no ofrecen el mismo espectáculo que en el campo. Allá todo es solemne, todo gigantesco, todo grandioso; aquí todo prosáico, desagradable y molesto. Allá las lluvias caen sobre las copas de los árboles, sobre

las inmensas sementeras, sobre los risueños prados y las embalsamadas florestas, y producen un rumor, una armonía y un ruido lejano, que para el que se ha criado en el seno de la naturaleza tiene un encanto indefinible que hace palpar su corazón. Hasta el olor de la tierra mojada se aspira allí con delicia.

En las ciudades, esta época de lluvias convida al retiro, al trabajo, á la meditación silenciosa, á las intimidades dulcísimas del hogar. La lectura de un buen libro se saborea mejor, oyendo el agua y el granizo que azotan los cristales. El alma parece dispuesta más que nunca á las cariñosas expansiones de la familia, y á cada momento acude á asomarse para contemplar llena de complacencia á la esposa querida que tiene en sus manos una labor de costura, á unos niños rubios y sonrosados que juegan cerca del balcón, á la pacífica y amorosa abuela que reza en silencio, ó levanta los ojos al cielo para interrogarlo....

Agosto es también el mes en que el ruiseñor enmudece, en que la mariposa no vaga ya por las praderas, en que las aves se aperciben á las emigraciones, y las golondrinas preparan sus maletas de viaje. ¡Qué triste verlas cómo se despiden de sus nidos, y cómo cantan y juguetean al rededor de ellos! ¡Qué entonación tan suave y melancólica dan á sus tímidas y dulces voces!

Cuando se acerca el Otoño, esa época del año que ven con predilección las almas tristes y los corazones melancólicos, sin duda porque hay cierta analogía entre las tristezas del ánimo

y las tristezas de la naturaleza, ésta sigue sufriendo trasformaciones y cambios que siempre agrada contemplar.

Pronto las lluvias dejan de caer; las pompas de los jardines comienzan á marchitarse, y las hojas secas cubren el suelo....

Los campos se ponen místios, amarillentos, descarnados; las aves callan, y las golondrinas se preparan á sus emigraciones, abandonando con dolor sus amados nidos, ocultos en los aleros de las torres. La naturaleza, en fin, entra en un nuevo período de vida, vida triste y recogida, tranquila y silenciosa.

El campesino se apresta á la cosecha, con el alma llena de esperanzas y el corazón henchido de ilusiones: va á recoger el fruto de sus fatigas y trabajos, para entregarse despues al descanso, en el seno de la paz doméstica y del amor de la familia.

Las tardes de la nueva estacion tienen un encanto particular, una poesía dulce y suave que conmueve el alma apaciblemente. No son ya las horas ardientes y calurosas de Julio, que convidaban á la siesta: son tardes tibias, perfumadas, rumorosas, que inspiran amor á la soledad y al silencio. Saliendo al campo, pueden pasarse largas horas en muda contemplacion: el cielo no está ya cargado de nubes y tempestades como en Agosto, y los cantos de las aves son tristes como una despedida. Las hojas, amarillentas y secas, caen de los árboles, ruedan por el suelo, y son llevadas en alas de los vientos hasta perderse en las alturas. Los rumores de los bosques son lentos y monótonos; y todo, en

suma, habla al alma, inundándola de grata melancolía.

¿Quién no gusta, en esta época del año, salir algunos días de la ciudad, dejar su bullicio y sus halagos, para disfrutar algunas horas de tranquila contemplacion en la soledad de los campos?....

II

La naturaleza presenta en el mes de Octubre un aspecto melancólico y tranquilo: los campos y los jardines se ven desiertos; sin verde y espeso follaje los árboles; sin nidos las enramadas, y no se escuchan ya en los bosques aquellos conciertos animadísimos de los pájaros cantores, que eran ántes la alegría del Universo.

Mes de las almas tristes ha llamado algun poeta español á este mes de Octubre, sin duda porque en él se siente, realmente, una irresistible propension á la melancolía, á la meditacion, al recogimiento del espíritu y á la sosegada contemplacion de la naturaleza. Cierto es que en Octubre los hogares se animan, porque es la época de la abundancia y de las veladas de familia: la cosecha se ha recogido ya, ó comienza á recogerse, y el labrador contempla, gozoso, el fruto de su trabajo: las noches comienzan á ser frías, largas, y al parecer, más oscuras; y todos gustan de congregarse al rededor de una madre querida ó de una esposa amada, en lugar de ir á buscar aventuras y pasatiempos, en las calles ó en las casas extrañas; pero tambien es cierto que las singulares armonías que se observan en

tre la naturaleza y el estado de nuestro ánimo, llevan al corazón un germen de dulce tristeza y de invencible abatimiento. Un ilustre poeta ha descrito en breve pero bellísimas frases esa singular semejanza, diciendo que esta época del año parece como que es la verdadera representación, el símbolo genuino, la imagen alegórica de ese punto intermedio que podríamos llamar cumbre de la vida, desde el cual se divisan, por un lado, los postreros vislumbres de la juventud perdiéndose en las nieblas de lo pasado, y por otro, las secas realidades de la vejez que avanzan con aire sombrío. Todavía no se ha extinguido el calor de nuestros corazones como no se ha apagado en Setiembre por completo el calor del Verano, y sin embargo, síntomas fatales anuncian el fin próximo de nuestras ilusiones marchitas. Las primeras nieves del invierno, es decir, las canas, empiezan á blanquear en nuestras cabezas, si es que el tiempo no nos ha arrancado prematuramente las esperanzas y los cabellos, como arrebató el viento del Otoño la hojarasca de los árboles.

La contemplación, pues, de la naturaleza, la vista de la vegetación que comienza á morir, esas hojas amarillentas y secas que quedan en los árboles como últimos restos de un ramaje espléndido, todo inspira á las almas reflexivas, melancólicas y profundas consideraciones.

El mes de Octubre es el mes terrible para los estudiantes de México: lo ven llegar con el mismo terror con que un reo al juez que deberá condenarlo. Es el mes de los exámenes, de la rendición de cuentas, de los arrepentimientos

y de los buenos propósitos. ¡Acabaron ya los días en que casi era lícito pasear y perder el tiempo, y ahora han llegado las noches en que la necesidad obliga á velar y á estudiar con doble afán, para adquirir en brevísimas horas los conocimientos que debieran ser objeto de la atención de todo el año!

¡Qué días de inquietud y de zozobra! ¡Qué agitación! ¡Qué temores! Se pierde el apetito, se pierde el sueño, se pierden toda alegría y todo gusto, para sólo pensar en el éxito del examen. Es la época, en fin, en que el estudiante lamenta el tiempo perdido, redobra sus esfuerzos para recobrarlo, y reconoce que ha hecho mal en haber visto con indiferencia y descuido sus quehaceres del Colegio.—¡Cuántos arrepentimientos tardíos, qué vivos deseos de trabajar, qué propósitos de enmienda! Los compañeros que han llenado descansadamente su deber, están tranquilos, y esperan en este mes, hasta con impaciencia, la hora de la prueba, el momento en que deben recibir el premio de su aplicación, de sus vigiliás y de sus privaciones. Satisfechos de cuanto han hecho en el año, ufanos de los nuevos conocimientos que han adquirido, nada les inquieta, ningún remordimiento les arrebató su alegría y su entusiasmo. Si dejaron alguna vez de ir al teatro, leyeron en cambio un buen libro de historia; si se privaron de un paseo, asistieron á un gabinete donde las maravillas de la ciencia los recrearon y admiraron; y por último, si en vez de gozos y placeres han tenido únicamente molestias, trabajos y vigiliás, luego verán llegar la deliciosa época de las vacaciones, con

su hermosa libertad y sus días de descanso y de diversion no interrumpida.

En este mes, todos los estudiantes velan inclinados sobre sus libros, y durante el día buscan el silencio y el apartamiento para estudiar cómodamente. Aterrados ante las probabilidades de *perder el año*, todo lo sacrifican en aras del buen éxito que desean alcanzar en sus exámenes; duermen poco, prescinden de diversiones y su sueño es *pasar*, obteniendo buenas calificaciones. Las figuras de los profesores y sinodales son objeto de constantes pesadillas. Y no son menores las angustias de la familia: el estudiante que va á examinarse, es agasajado y atendido con un esmero cariñoso por sus padres, sus parientes y sus amigos: para él son todas las comodidades, todas las contemplaciones, todos los regalos y mimos de la vida doméstica; en él están puestas altísimas esperanzas, y de su carrera dependen el bienestar y la felicidad futuros de todos los suyos. Todo lo cual pone en mayor conflicto al estudiante decoroso y aplicado. ¿Qué sería de él, si despues de todo esto alcanzaba un resultado fatal en su exámen?

III

El mes de Noviembre comienza en nuestra capital con el movimiento y animacion tradicionales de los días de Todos Santos y de Difuntos.

Las calles, los teatros, el Salon y el jardin del Zócalo, se ven invadidos por una concurrencia escogida y numerosa; y en los panteones, el día

de finados reina un bullicio que sólo cada año se ve en esos lugares del silencio y de la muerte.

¡Mes de tristes recuerdos es este mes de Noviembre! Las nieblas del Otoño, junto con las heladas brisas del Invierno que ya se acerca, le comunican cierta melancolía que fácilmente se comunica á las almas. Es el mes en que deben visitarse las sepulturas, en que la tristeza baja á los hogares, en que deben hacerse públicos los sentimientos que brotan en el alma, con la memoria de los que ya no existen. . . .

Dando tregua por algunas horas á los prosáicos negocios de la vida y á las alegrías mundanas, es preciso recoger el espíritu para recordar, para pensar, y para rendir cariñoso culto en nuestro corazon á los queridos seres que se alejaron de nuestro lado para siempre. La idea de la muerte se presenta en nuestra imaginacion, y nos hace meditar en los misterios del sepulcro.

¿Quién no tiene una tumba querida que visitar en el día de finados? ¿Quién no siente en el corazon el vivo anhelo de llevar á ella flores y lágrimas, último tributo que nos inspiran el amor, el cariño y la gratitud?

En las ciudades, mézclase mucho de vanidad y de ostentacion á los recuerdos que se dedican á los muertos. La visita á los panteones se convierte en un verdadero paseo, para el cual se necesitan elegantísimos trajes y grandes comodidades que eviten toda molestia en esa peregrinacion fúnebre. Los sepulcros están recargados de flores, de coronas, de paños finísimos bordados de oro, y otros adornos que no están bien en el lugar donde mejor se conoce que *todo es vanidad*.

¡Cuánto más hablan al alma las sencillas sepulturas de un humilde cementerio de aldea!

En este mes, el invierno se anuncia crudo, penoso y cruel. Comienzan los días nublados y fríos, en que los ánimos se sienten llenos de profundo decaimiento, las almas se entristecen, y los corazones quieren mejor la tibia intimidad del hogar, que el vertiginoso movimiento del mundo y la agitada labor á que conducen los negocios. Una brisa helada y penetrante corre desde las primeras horas de la mañana; el cielo se oculta tras de una capa espesa de nubes grises y pesadas, que ni corren por el firmamento, ni se disipan; las brumas cubren el horizonte, opacan la plateada claridad de la luna, y toda la naturaleza, en fin, parece dominada por una silenciosa y tenaz melancolía. ¡El sol, la luz! ¡Cuán necesarios son para la alegría del mundo! ¡Cuán resplandecen las bellezas del universo y las espléndidas galas de la creación, cuando aquel astro derrama sobre la tierra el calor y la vida! ¡Y qué tristeza, qué languidez, qué quietud tan monótona y desesperante produce su ausencia! Sobre todo, en México, donde estamos acostumbrados ya á la diafanidad del horizonte, al azul purísimo de un cielo despejado, á la atmósfera limpia y serena que es el recreo de nuestros ojos, estos días nublados traen un trastorno general en nuestra vida física y en nuestra vida moral. Las enfermedades vienen fácilmente con estos cambios bruscos de temperatura, y hasta parece que se entorpecen las facultades del alma; párase la actividad del pensamiento, y una invencible pereza nos inclina á buscar el

reposo, el retiro y las comodidades de todo género. ¡Qué singulares y extraños efectos trae, pues, la falta de sol y de luz en nuestra capital! No: no son para nosotros estos días nublados y tristes, que los sibaritas del Norte de Europa ven llegar con entusiasmo, porque ellos les anuncian un período de nuevas delicias. No gustamos de la vida de gabinete, donde el fuego de la chimenea ó el calor humano encerrado en él, neutraliza ó destruye los efectos de una ráfaga de viento helado que se introduce por las rendijas. Por el contrario: amamos la vida de expansión y de libertad; buscamos el sol, el calor, los azotes del viento, la luz y todo aquello que pueda dejar ver claramente los espacios infinitos que descubren nuestros ojos. La niebla y el frío del invierno nos entristecen, y nos producen invencible abatimiento. ¡Con razon entre los ingleses el *spleen* es una enfermedad tan comun! ¡Con razon los nobles lores y los banqueros huyen de aquella atmósfera cenicienta de Londres, para ir á buscar la luz esplendorosa del mediodía, los azules horizontes del Mediterraneo, las mágicas perspectivas de Andalucía, doradas por un sol espléndido!

En el invierno, como las noches son largas, es preciso buscar un sitio cómodo, tibio, delicioso, desde el cual podamos ver cómo trascurren las horas, y se pierden en la inmensidad del tiempo. El ánimo, dominado en esta estacion por un amor irresistible á la quietud, como si una idea triste le dominase y le hiciera meditar continuamente, quiere el silencioso y dulce regalo de la familia, la quieta paz del hogar, las veladas

íntimas donde sólo tomen parte la confianza y la amistad de personas queridas. Mientras afuera se oyen las ráfagas del viento, sutiles y mortales como una hoja de acero, grato es entregarse á la sabrosa lectura de uno de esos libros que nos apartan de las asperezas del mundo, para llevarnos á una region toda de luz y de esperanza.

Y cuando otros buscan pasatiempo y entretenimiento en los casinos, en los teatros ó en los cafés, ¡qué consolador y saludable es encontrar en la intimidad de la familia, cuadros como el siguiente que describe un poeta español contemporáneo:

“Sentado en torno á la sencilla mesa
De la lámpara humilde á los fulgores,
La familia en domésticas labores
La vista me embelesa
Reflejando mis íntimos amores.
Borda en silencio la modesta esposa
Al bastidor los claros ojos fijos,
Y mi madre amorosa
Trasmite cariñosa
Santas leyendas á mis tiernos hijos.
.....
Y en plática seguida,
Cada cual va animando el cariñoso
Diálogo afable, al corazón sabroso.
Ora en las dichas del amigo ausente
Se envidia la salud más que la gloria,
O al recordar la muerte de un pariente
Se consagra un recuerdo á su memoria.
Ya la abuela con pena
Censura rota union á quien condena

El mundo airado, y con placer compara
La amante esposa, de su bien avara.
Su dulce paz con la desdicha ajena.
.....
¡Oh dicha inestimable y silenciosa!

IV

Diciembre es el mes de las alegres fiestas cristianas, el mes de la Purísima, de la Guadalupana, de las Posadas, de la Noche Buena, de los regocijos de los niños; mes en que todos se agrupan al rededor de una hoguera en el campo, para conversar y referirse graciosos cuentos, haciendo al mismo tiempo recuerdos de épocas pasadas. La gente se alegra, se deleita y se anima con el grato calor de la lumbre; la plática se hace general, jocosa y de una intimidad y confianza encantadoras; y hasta los manjares del tiempo, tradicionales en estas noches de invierno, provocando el apetito, aumentan los placeres y las alegrías de los hogares.

En este mes tambien se cierran las velaciones, y muchos que han acariciado ensueños y esperanzas todo el año, quieren poner fin á sus ansias amorosas, estableciéndose definitivamente en el nido que ha de darles abrigo y calor, durante su peregrinacion por esta vida de lágrimas.

Diciembre tiene sus días nublados y tristes, sus noches frías, sus brisas heladas que entumescen los miembros, y quitan toda alegría y serenidad al ánimo.

Decíamos ántes que éste es el mes en que

más abundan las fiestas religiosas y profanas; fiestas para todas las clases sociales, para todas las edades y para todos los gustos. El estudiante deja las tareas árdas y monótonas del Colegio, para disfrutar durante algunas semanas de la dulce y regalada ociosidad de las vacaciones. En el seno de las familias se celebran los aniversarios de las Concepciones y de las Guadalupe; muchos niños y niñas hacen en esos dos días su primera comunión, y con tal motivo se ven cuadros tiernísimos de piedad y de amor filial, que forman época y dejan una huella profunda en el alma de quienes representan en ellos el principal papel. Luego viene la Noche Buena, con sus recuerdos clásicos, con sus tradicionales alegrías, con sus emociones hondas y deliciosas, dignas de ser cantadas por la lira melancólica y dulce del poeta español Ruiz de Aguilera. No parece sino que en este mes Dios quiere recompensar al hombre de sus fatigas, de sus labores, de sus luchas de todo el año, haciéndole olvidar las amarguras que lo han aquejado, y acercándolo á esos veneros de alegrías inocentes y de expansiones cariñosas, que para quien sabe comprenderlas y amarlas, tienen un rico sabor de miel silvestre.

La fiesta de la Inmaculada Concepción de María debe ser, y es en realidad, la fiesta por excelencia de la Virgen; la que lleva la animación y el fervor á todos los corazones, una alegría placentera á todas las almas, y una esperanza consoladora á todas las conciencias. En ella tan sólo deben oírse acentos de regocijo y de alabanza; los espíritus deben buscar las abun-

dosas fuentes de la gracia, para henchirse de aspiraciones celestes; y las inteligencias, las facultades todas deben emplearse en ensalzar y bendecir á esa Madre bienaventurada, que llena con su amor los cielos y la tierra.

Los niños y las doncellas se visten de blanco y azul, los dos colores que indican pureza, gracia y castidad. En los altares de las iglesias se ven innumerables luces. El aromoso incienso sube en espesas nubes hasta las bóvedas del templo; y la alegre música, las voces del órgano y el repique incesante de las campanas, forman un concierto tal de animación y de júbilo, que naturalmente se ensancha el corazón de gozo y se llenan de lágrimas los ojos. ¡Fiestas y ceremonias augustas del Catolicismo, en que abundan la poesía, la ternura y el sentimiento! ¡Fiestas de la Virgen María, que tienen el privilegio, como ninguna otra, de conmover dulcemente, y de despertar las emociones más delicadas del alma!

En este día, cuando algun niño se acerca por primera vez á la mesa de la Eucaristía, hay verdadera fiesta en el hogar de sus venturosos padres. Todos le regalan y le miman; todos le contemplan con gozo, y envidian su inocencia y su candor. A las niñas se las viste de blanco: colócase en sus sienes una corona que realza la de su virginal pureza, y un velo ténue y finísimo medio esconde sus hechiceros semblantes. ¿Qué sentirá el corazón de los padres, al contemplar aquel sér amado, ángel en esos momentos por la gracia de que está revestido?

La fiesta de Noche Buena es una de las más

risueñas, más hermosas y más poéticas de la Religión Cristiana; y entre nosotros se celebra con la alegría y la animación que son ya tradicionales en todos los pueblos que profesan unas mismas creencias. ¡Y con razón! La Navidad es motivo de júbilo para todos los corazones y para todas las almas; conmueve delicadamente las fibras más secretas del sentimiento, y provoca las tiernas y expansivas alegrías de los niños y de las madres, de los pobres y de los humildes, de cuantos tienen, en suma, un espíritu sensible á los recuerdos. ¿Quién, al llegar la Noche Buena, no se trasporta con la imaginación á los primeros años de la vida, á aquella época serena y dichosa en que el cristal de la inocencia copiaba gozos y venturas celestiales? ¿Quién no quisiera volver á aquellos días de fervorosa piedad, de suave y consoladora unción, de infantil y candoroso entusiasmo, para aspirar, con la regalada delicia de entónces, el perfume de que está llena la exquisita poesía de Navidad? ¿Y en qué corazón no hallarán eco los cantos con que se saluda en ese día bendito la venida del Salvador del Mundo? ¿A quién no conmoverán las tiernas escenas de familia que, en una fiesta como la del 24 de Diciembre, se verifican en la intimidad de los hogares piadosos y felices?

Volvemos á decirlo: las fiestas de Noche Buena tienen entre nosotros una importancia que es ya tradicional; y hé aquí por qué en los días que preceden al gran aniversario del nacimiento de Nuestro Señor, la ciudad toda se anima; las familias dan señales de regocijo, y salen de

su habitual retraimiento; los niños preparan su altar á los Preregrinos, arreglan sus poéticos y sencillos *nacimientos*, adornándolos de heno, de hilos de plata, de figuras de barro de todos tamaños y colores; y por donde quiera se oyen cantos, cohetes, francas y expresivas risas de gozo y alegría; todo lo que constituye, en fin, el carácter distintivo de esta gran fiesta cristiana y universal.

En nuestra Plaza de Armas se levantan numerosas barracas y *puestos* donde se venden las golosinas y juguetes de la temporada: las frescas ramas de pino, el heno, la escarcha, la lama se ven allí al lado de las vistosas é improvisadas dulcerías, que de noche están resplandecientes de luz. Penden del techo de éstas las *piñatas*, ó sean figuras que representan tipos sociales ridículos, adornadas de papel de chillantes colores. Y por todas partes los vendedores de confituras, de frutas de la estación, de *peregrinos*, y de cuanto se ha menester para las Posadas, forman un bullicio ensordecedor: todos gritan, todos ofrecen, todos proclaman su mercancía como la mejor, atropellándose unos á otros para ganarse á los compradores. Entre tanto, la muchedumbre hormigüea por aquellos sitios: ya es la madre de familia que se provee de dulces y juguetes para la posada de aquella noche; ya son enjambres de bulliciosos niños, que buscan *portalitos de Belén*; ya, en fin, simples paseantes y observadores, que gustan de aquellos cuadros de costumbres populares. En todos los semblantes se ven el gozo y el entusiasmo retratados, como si un solo sentimiento llenase los corazones.

nes: son horas de tregua á las faenas y sinsabores de la vida.

Durante las ocho noches que preceden á la de Navidad, en todos los hogares se celebran las tradicionales *Posadas*, mezcla de devocion y de diversion mundana, en que se reza un poco, se instala en improvisado altar á los peregrinos, y se baila y se canta, despues de obsequiar á los concurrentes con juguetes llenos de dulces.

Por donde quiera se oyen cohetes atronando los aires; las casas están iluminadas, y á través de los balcones óyense los acentos de alegre música, y se ven pasar, vertiginosamente, las sombras de las parejas que bailan regocijadas. . . ¡Cuánto goza la juventud en esas fiestas, y qué indelebles recuerdos dejan éstas en muchos corazones! . . .

Son ya las últimas del año; la noche de San Silvestre se acerca, y pasadas sus tristes horas, volverá á coménzar la batalla de la vida, á la cual no bastan á dulcificar esos fugitivos instantes de esparcimiento y de placer.



TEATROS.

I



El teatro! espectáculo risueño y moralizador cuando está bien encaminado; escuela de costumbres, que lo mismo sirve ó puede servir para reprobear y corregir las malas, que para formar las buenas; palenque difícil en que luchan todos los sentimientos y todas las pasiones, y en que el triunfo corresponde á quien mejor sabe mover los secretos resortes del corazon humano; piedra de toque, por último, que sirve para enternecer el alma, fortalecer la voluntad, encender nobles propósitos, é infundir elevadas y generosas aspiraciones.

Ante ciertas escenas trágicas y ante algunos cuadros dramáticos, dibujados por un talento vigoroso, breta en el corazon del espectador la maravillosa fuente del sentimiento, rica, limpia y fecunda como el claro manantial que sale del seno de una montaña despues del sacudimiento de un terremoto.

No todos los espectáculos teatrales causan en quienes los contemplan una misma impre-

sion, ni despiertan idénticos pensamientos. Diversas son las emociones que embargan los ánimos, cuando se ven en la escena episodios y circunstancias de la vida humana. Mas no por eso debe desconocerse que aquellos son casi siempre saludables á la manera de ser moral de cada uno. Raras veces se obtiene como fruto de un espectáculo teatral un pensamiento impuro, una idea perversa, ó un propósito de faltar y envilecer el corazón.

Adviértase, sin embargo, que al expresarnos así, nos referimos á aquellas personas que buscan en la escena algo más que un frívolo pasatiempo; no á las que asisten á los coliseos llevadas de una vanidad pueril; ni ménos á las que buscan en los espectáculos un incentivo á sus pasiones. El hombre sensato, observador y estudioso acude á esos centros de reunion, para recoger un dato que le sirva de base á sus reflexiones y estudios: va allí para conocer las tendencias del arte dramático contemporáneo, los progresos que en él se alcanzan, y tambien la manera con que son recibidas por el público ciertas alusiones picantes, ciertos rasgos de ingenio y de carácter con que los autores suelen adornar sus producciones. Todo esto forma un conjunto de accidentes especiales que son de inestimable precio para quien sigue atentamente la marcha de una sociedad.

II

En México, por desgracia, tiempo há que los espectáculos teatrales que se ofrecen á nuestro público, se hallan en una triste decadencia. Y de aquí que la representacion de obras dramáticas no tenga ya para la generalidad el interés que debería tener; un interés filosófico, literario y social.

Opera bufa y zarzuela, dramas y comedias que no logran conmover el corazón de una manera profunda y saludable; circos donde se ven prodigios de habilidad y destreza, que sólo sirven para ejercitar eficazmente los nervios: hé aquí lo único que nos ofrecen los teatros, desde hace algun tiempo.

La buena comedia, la comedia que hace sentir y meditar; los cuadros de costumbres que corrigen divirtiendo: el sainete lleno de donaire y de gracia, salpicado de sátiras y de ironías de buena ley, de chistes oportunos y decorosos, todo esto parece que ha quedado proscrito para siempre de la escena de nuestros teatros.

Hubo un tiempo, todavía no muy lejano, en que el movimiento dramático fué notable y fecundo entre nosotros. La literatura nacional recogió verdaderas joyas, que hoy guarda y conserva con predileccion. El Sr. Peon y Contreras, poeta lírico de gran aliento, con sus dramas caballerescos é interesantes, con sus hermosos cuadros, sus gallardas figuras,—engalanado y realzado todo con una versificacion espléndida—restauró en momento feliz la escena mexicana,

recordando los tiempos en que Rodriguez Galvan y Fernando Calderon ensayaban la formacion de un teatro esencialmente nacional.

Entónces, no sólo los literatos y los poetas se sintieron estimulados para escribir, sino que el público, dando una prueba elocuente de buen gusto y hasta de patriotismo, acudía con entusiasmo á aplaudir las producciones del ingenio mexicano, prefiriéndolas á veces á las de autores extranjeros.

Hoy, nada de esto sucede: en vano se esfuerzan las empresas; en vano se ponen en escena las obras que más deberían interesar á nuestro público. Una indiferencia glacial cae sobre el entusiasmo que muestran los actores y algunos amigos del arte. No hay crítica dramática, y esta falta constituye tambien otra de las causas de decadencia de los espectáculos teatrales.

Y es lástima, porque éstos no deben faltar en una sociedad culta y de buen gusto, pues el teatro es hoy uno de los medios más usados, y no sabemos si más necesarios y eficaces, para infundir en los individuos generosos sentimientos y nobles aspiraciones. Representándose en las tablas escenas de estricta moralidad y de justicia, en las cuales quede enaltecida la virtud y humillado el vicio; poniendo á la vista del espectador cuadros en que haya luchas de innegable trascendencia moral, y una pintura exacta de lo ridículo y censurable que se nota en las costumbres: encaminando, finalmente, todos los atractivos de una representacion dramática al mejoramiento de la sociedad y del individuo: tal es la manera de que el teatro llene satisfac-

toriamente su objeto en nuestros días, como lo llenó en la época ya lejana de Calderon y de Lope, de Tirso de Molina y de nuestro insigne Alarcon.

Y con las representaciones teatrales, no sólo se conseguiría este gran bien, cosa ya bastante importante para ser tomada en cuenta, sino que habría tambien motivo para que la literatura dramática progresase entre nosotros, ó por lo ménos, diera algunas señales de vida. Porque es triste y palpable el decaimiento literario á que hemos llegado.

Ningun libro nuevo, ningunos estudios de crítica ó de historia, ningun drama ni comedia, que comunique animacion y vida á nuestro teatro; nada, en fin, que dé indicios de que aquí se trabaja intelectualmente, y se procura ir adelante en el sendero de la instruccion y del buen gusto. La rutina, la imitacion, el falseamiento de todo lo bello y de todo lo bueno: hé aquí lo único que tenemos. Tiempo hace que nos hemos conformado con cuanto nos viene de allende los mares: leemos libros, novelas y versos de autores extranjeros: en nuestros teatros se representan obras de autores españoles, ó traducidas del francés; los establecimientos tipográficos reproducen obras de otros países, y así todo lo demás: nada nacional, nada nuevo, nada que tenga el sello de nuestras costumbres y de nuestro modo de ser.

Proviene esto en gran parte de la apatía y pereza de nuestro carácter, no ménos que de la inconstancia y mal gusto del público; y sobre todo, de la facilidad que se encuentra en satis-

facen las necesidades literarias, echando mano de lo que ofrecen literaturas extrañas. Una compañía dramática, por ejemplo, ¿para qué ha de representar una obra nueva de autor mexicano, de éxito dudoso, si tiene á su alcance todas las de Echegaray, de Blasco y de otros autores reputados, que sabe han de ser aplaudidas? Y á su vez, un escritor nacional, ¿para qué se ha de afanar en producir un drama ó una comedia, si tiene la seguridad de que jamás la verá representada en las tablas? . . .

III

Y no se diga que el público mexicano ha carecido de buena escuela para formar su gusto.

En distintas épocas han visitado nuestra escena excelentes compañías dramáticas, y desde la que dirigía la eminente artista Adelaida Ristori, hasta las que últimamente han trabajado en nuestro Teatro Nacional, y de las cuales formaban parte Sarah Bernhardt, Coquelin, Emanuel y Virginia Reiter, todas ellas nos han dado á conocer las obras más selectas del repertorio contemporáneo. Años atrás, vinieron también el actor español D. José Valero, la Sra. Tessero, y Doña María Rodríguez, sin contar otras muchas compañías de segundo orden, pero no escasas de mérito, que obsequiaron á nuestro público con representaciones dignas de su cultura.

Pues bien: la influencia que esos bien ordenados espectáculos han ejercido en nuestro público para formar su buen gusto, no ha sido tan eficaz ni tan extensa como á primera vista pu-

diera creerse, lo cual se confirma con observar que en muchos casos no era el amor al arte, sino la moda y la vanidad, las que obligaban á muchos á asistir á nuestro Coliseo.

Las representaciones de dramas y comedias pertenecientes á los buenos tiempos del teatro español, parecen haber pasado ya para siempre entre nosotros, pues ni el público asiste á ellas con gusto y con entusiasmo, ni las empresas se atreven ya á anunciarlas en sus carteles, temerosas de un triste fracaso.

¡Qué lamentable y rápida decadencia la del arte dramático! ¡Cómo se desconsuela el ánimo al ver desiertos nuestros coliseos cuando en ellos trabaja una Compañía de verso, y henchidos de compacta concurrencia cuando se representan zarzuelas! Porque en estas aficiones del público está el secreto de lo que nos sucede. Murieron en México, al parecer, el buen drama y la buena comedia. Acabaron aquellas reuniones animadas en que la sociedad mexicana aplaudía con estrépito la obra de algun poeta español ó nacional, porque aprobaba la idea encerrada en él, comprendía la combinacion y trama de las escenas, el buen orden seguido en el desarrollo de la accion, y sabía estimar las dificultades vencidas.

Terrible y decisiva es la prueba por que está pasando en estos momentos nuestra literatura dramática. Y lo peor es, que en medio de esta desventura no queda siquiera el consuelo de que una cosa mejor venga á sustituir la honesta diversion que ántes se buscaba en el teatro; no. Lo que aquí triunfa ahora es lo frívolo, lo lige-

ro, lo que no tiene importancia alguna ni para la moral ni para el arte.

El teatro morirá para siempre en México, si á tiempo no viene un redentor que lo salve del abismo donde está próximo á caer.



ESPAÑA EN MÉXICO.

VAMOS á dejar consignado en este artículo un hecho que honra al pueblo mexicano, porque revela que al fin se ha operado en él un cambio de sentimientos respecto de España, como lo exigieron por mucho tiempo la verdad y la historia.

Fresco está aún en la memoria de muchos el recuerdo de las hostiles manifestaciones, de los amargos reproches, de las tremendas é injustas apreciaciones de que se hacía víctima á la metrópoli española, no sólo por el pueblo ignorante y preocupado, sino tambien por los mismos que con sus luces y sus estudios debían ilustrar su criterio.

En efecto: se decía en todos los tonos que España, despues de conquistar la América á sangre y fuego, destruyendo así razas, civilizaciones, pueblos, etc., la había mantenido en la más profunda abyeccion y en la más torpe y criminal ignorancia; y que léjos de hacerla partícipe de los beneficios de la cultura cristiana,